

los transeuntes la imposibilidad de celebrar la fiesta. Este motivo era tanto más poderoso, cuanto que al día siguiente era la gran solemnidad de la Pascua, que en aquel año caía en sábado. Fueron, pues, á pedir á la autoridad romana que mandase romper las piernas á los reos, porque el tiempo urgía, y que los mandase retirar de allí; á lo cual accedió Pilatos sin dificultad. Hiciéronlo así con las piernas de los dos ladrones; pero viendo que Jesús había cesado de vivir, en vez de hacer lo propio con él, uno de los soldados le dió una lanzada en el costado, y de aquella herida salió sangre y agua.

San Juan advierte con cuidado y afirma con religiosa solemnidad esa herida del corazón. En efecto, ella completaba todos los misterios. Completaba la belleza sublime y conmovedora de aquel Cristo á quien la humanidad no debía dejar de contemplar; con los brazos abiertos para estrechar al mundo con ellos, con la cabeza coronada de dolor y de amor, con el cuerpo vestido únicamente con la púrpura de su sangre, con los pies y las manos traspasadas y entreabierto el corazón.

Entre tanto las tinieblas se extendieron por todas partes. Tembló la tierra. Quebráronse las rocas. El velo del templo se rasgó en dos, de arriba á abajo. La multitud se volvió golpeándose el pecho. Y se oyó al centurión romano que exclamaba: «VERDADERAMENTE ESTE ERA EL HIJO DE DIOS.»

V

La montaña de la Redención está actualmente cubierta por una bóveda, de la cual están suspendidas multitud de lámparas de todas dimensiones y de todos los colores, cuyas luces semejan una lluvia de estrellas. Entre estos resplandores se destaca sobre el fondo de plata la cruz griega que lleva el Salvador en medio de su Santísima Madre y el amado discípulo, ambos vestidos de argentados trajes; todo al rededor las aureolas floridas con piedras preciosas, el candelero de siete brazos y el relicario de oro al pie de la cruz. Mas estas magnificencias dejan indiferente y pasan casi desapercibidas; ¡tan preocupado está el espíritu y tan enternecido y embargado el corazón con el recuerdo de la aterradora escena que ensangrentó aquel lugar hace pronto diez y nueve siglos! Está uno allí poseído de un santo terror y espanto, al considerar que se pisa la misma tierra que bebió la sangre de Cristo, que se está sobre el Gólgota, en donde fué plantado el árbol de la Cruz, en donde Jesús expiró; en donde las duras rocas se abrieron recogiendo su último

aliento y donde el sol, por piedad para con su Autor, por horror al crimen de los hombres, veló sus resplandecientes rayos y obscureció su luz.....

En la capilla impregnada de lágrimas, cuyo aire está dulcemente entorpecido por las plegarias de los siglos, examino mentalmente tantas cosas sucedidas, y tantas veces comentadas.....

»Para adorar sin comprender el objeto de nuestra adoración, como sucede á tantos hombres sencillos como vienen aquí— y que pasan por sabios y lógicos— se necesita tener sin duda la intuición y el favor de que carezco yo.....

»De repente siento detrás de mí un ruido particular, una especie de choque sobre el mármol del pavimento..... me vuelvo y veo á un hombre de cabellos canos, allí arrodillado y golpeándose la frente.

»Inmediatamente se levantó, juntó las manos y dejó escapar abundantísimas lágrimas que corrieron por sus arrugadas mejillas. En sus ojos, grandemente dilatados, se dibujaba una expresión de confianza y de alegría extraterrestres. Era un viejo cuya carrera en el camino de la vida estaba próxima á expirar, á cuyo rostro el negro dedo de la muerte se acercaba paulatinamente..... Sonaba para él la hora de su inevitable destrucción, ¡Abuelo que se va, confía encontrar allá, en ese inmenso infinito, á sus nietecillos y á sus hijos! ¡Bendita una y mil veces la fe consoladora, la fe bendita y religiosa!..... Los que dicen que «la ilusión es dulce, pero que, como á toda ilusión es necesario arrancarla del corazón de los hombres», son tan insensatos como los que suprimen los remedios calmantes bajo el pretexto de que sus efectos cesan en el momento de la muerte.

»Y á mi ver, poco á poco me siento penetrado también por la dulce y engañosa impresión de una plegaría comprendida y escuchada..... ¡Y yo que creía en la extinción de los espejismos!.....

»Algo desconocido siento que vela mis ojos. En lo imprevisto á lo que no puede oponérsele resistencia; detrás de la columna que me oculta, lloro como el anciano; todas las lágrimas amontonadas durante mis pasadas agonías, se han pasado como dique que se desborda.

»Invoco á Dios como puedo, como lo siento, é inclino la frente como el anciano que está cerca de mí.....

»¡Cristo! Todo lo que hagan y digan de tí los hombres quedará velado por inexplicable. Desde que aparece tu cruz, desde que se pronuncia tu nombre, todo cambia y se funde: los rencores se olvidan y se ven los desprendimientos terrenales que purifican: delante de tu cruz, la más humilde, todo corazón duro y altanero se hace piadoso. Tú eres el

evocador de los incomparables ensueños y el mágico de las eternas esperanzas. Tú eres el único maestro de los inesperados consuelos y el príncipe de los perdones infinitos.»

Tal es la impresión que ha causado el Sepulcro del Salvador á Pierre Lotti, distinguido literato francés, sin fe cristiana, desgraciadamente.

Así acontece al viajero que, abandonado á las gratas impresiones de su alma, renuncia á las armas de que el que recorre el desierto cien veces ha de echar mano para rechazar los continuos ataques de los enemigos que le asaltan. ¡Cuán sensible es, pues, ver á los restos de veinte pueblos que nunca han abandonado la Ciudad Santa, disputarse dos mil años hace la posesión de una tumba, ocasionando la indiferencia, el abandono y la pérdida sucesiva de los santuarios!

Esto obliga á ocuparnos de la autenticidad de estos lugares.

Nos dice la historia que, muerto Jesús, Santiago el Menor fué instituido Obispo de Jerusalén. Cuando llegó el tiempo de huir anunciado por Jesús, los cristianos, dirigidos por su Obispo Simeón, llamado también hermano del Señor por San Mateo, retirándose á la parte del Jordán para que pasase la ira de Dios, y al marcharse Tito regresaron á tomar posesión de las ruinas de Jerusalén y del Sepulcro del Salvador, custodiando los Santos Lugares durante la época de persecución; y lo que prueba que este punto era peligroso, y sin embargo no fué abandonado, es que por espacio de treinta años, desde la muerte de Simeón hasta el reinado de Adriano, ocuparon la silla de Jerusalén trece obispos, los cuales, según declara Eusebio, eran judíos conversos. En la Crónica de este mismo historiador se leen también los nombres de catorce obispos que se sucedieron por espacio de cincuenta años hasta el episcopado de San Narciso.

Ahora bien: ¿no es cerrar los ojos á la evidencia suponer que los obispos que sin interrupción residieron en la Ciudad Santa, y con ellos los fieles confiados á su pastoral solicitud, perdiesen la memoria del Calvario?

Mientras San Narciso permaneció en destierro voluntario, fué gobernada su iglesia por tres obispos. Ya se le daba por muerto, cuando regresó á Jerusalén con general contento y aplauso; mas como era de edad muy avanzada, Alejandro, obispo de Capadocia, fué nombrado su coadjutor. San Alejandro murió aherrojado en las mazmorras de Cesárea, durante el reinado de Decio, después de ocupar treinta y nueve años la silla de Jerusalén. Luego vemos que aparecen en el monte Sión Mazabarce, Himeneo, y después Zambda, Hermán y finalmente Macario, quien era obispo de Jerusalén cuando Constantino subió al trono.

Uno de los primeros pensamientos de este emperador fué apoderarse del Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, tan indignamente profanado por los gentiles, y honrarlo tanto como había sido ultrajado.

Nada tan oportuno como las palabras de un testigo ocular de las obras practicadas por Constantino; he aquí como se expresa Eusebio, obispo de Cesárea, presente á la dedicación de la iglesia del Santo Sepulcro:

«Tiempo hacía que los impíos, ó los demonios que se valían de ellos, trataban de anonadar el monumento donde un ángel del cielo, radiante de luz, removi6 una losa, levantando al propio tiempo la piedra de la incredulidad de los corazones duros é insensibles que creían que el Salvador estaba todavía muerto cuando dió á las mujeres la fausta noticia de la resurrección. Aquellos impíos y profanos, imaginando insensatamente que sepultarían la verdad de este misterio bajo un montón de piedras y maderas, cubrieron completamente el Sagrado Sepulcro con una tumba propia para recibir, no los cuerpos, sino las almas; aludo á la obscura cueva que edificaron en honor del demonio de la impureza, por nombre Venus. Allí ofrecieron exécrables sacrificios. Los desdichados carecían de criterio para conocer que el Sol no brilla en el espacio sin que sus rayos alcancen la superficie de la tierra; el poder del Salvador había ya inundado la tierra con sus esplendores, iluminando las almas, bien así como el sol ilumina los cuerpos. Sin embargo, por algún tiempo leváronse á efecto los planes que los profanos y los impíos contra la verdad concibieron, sin que ningún gobernador de provincia, general de ejército, emperador, nadie, en fin, sino Constantino, fuese capaz de extirpar tal escándalo y abolir semejante abominación. Este príncipe, tan adepto á Dios y tan lleno de su espíritu, no pudiendo tolerar sin imponderable indignación que un lugar tan santo estuviese cubierto de escombros y como sepultado en el olvido por artificio de los enemigos de la fe, mandó desembarazarlo para que fuera más brillante y magnífico que cuanto bajo el sol existía; y apenas expidió esa orden, cuando los edificios que la superstición levantara para consagrarlos al culto de los demonios, fueron arrasados y abolido este culto.

»No contento aún el emperador con haber destruido el templo del ídolo de la impureza, hizo trasladar muy lejos sus restos y hasta la tierra que la impiedad mancillara con sacrificios.

»Cumplidas esas órdenes, habiéndose cavado hasta la antigua elevación del terreno, con general sorpresa se halló el Santísimo y augustísimo sepulcro de que el Salvador resucitara, admirándose en el descubrimiento de

este Santuario la imagen más fiel y viva que nunca se ha podido desear del misterio de la gloriosa resurrección.

» Inmediatamente dispuso Constantino erigir una magnífica iglesia en aquel sitio, previniendo á los gobernadores de las provincias que aprontasen las cantidades al efecto necesarias. En la carta que sobre el particular escribió al obispo de Jerusalén apoya fervorosamente la doctrina de la fe.»

He aquí esta carta de Constantino á Macario, obispo de Jerusalén :

« Tan extraordinaria y admirable es la gracia que el Señor nos ha dispensado, que no existen palabras que puedan dignamente encarecerla. En efecto ¿qué hay más admirable que el orden de la Providencia al tener enterrado por tantos años el monumento de su Pasión, hasta que quedase vencido el enemigo de la piedad, y libertados sus siervos? Paréceme que aun cuando se juntaran todos los sabios y oradores de la tierra, jamás alcanzarían á expresar la grandeza de este milagro, porque excede á toda ponderación tanto como la sabiduría eterna á la razón humana. Por lo tanto, me propongo excitar á los pueblos á que abracen la religión con un fervor igual al esplendor de los portentosos acaecimientos que diariamente han venido á ratificar la verdad y la fe. No dudo que siendo mi proyecto ya conocido de todos, estarás persuadido de que no abrigo otro deseo que el de embellecer con magníficas obras un lugar que, siendo ya Santo, todavía fué santificado por los vestigios de la Pasión del Salvador, y del que por voluntad del Altísimo y mediante mi solicitud fué barrido el ídolo que lo mancillara.

» A tu prudencia encomiendo la adopción de las disposiciones convenientes para que los edificios superen en hermosura y grandeza á cuanto existe hermoso y grande en el orbe. Ya he encargado á nuestro carísimo Draciliano, vicario de los prefectos del Pretorio y gobernador de la provincia, que siguiendo tus órdenes ocupe á los mejores artesanos en levantar las paredes. Dime qué mármoles y columnas desees, y las mandaré.

» Me regocijaré de saber si juzgas conveniente que el templo sea artesonado, pues en tal caso te enviaré el oro. Entérate cuanto antes del número de trabajadores y de los fondos que necesites, y de los mármoles, columnas y adornos, que deberán ser los más bellos y preciosos, para que yo lo sepa lo más pronto posible. Dios te guarde, carísimo padre.»

Este proyecto tuvo pronta ejecución, y junto al Sepulcro del Salvador, en frente del lugar que ocupaba la antigua, levantóse al punto una nueva Jerusalén. Constantino erigió en frente un trofeo para con-

memorar el triunfo alcanzado por Jesús sobre la muerte á que le había condenado la Ciudad Sacrilega. Esta iglesia, edificada por el hijo de Elena, es quizás la nueva Jerusalén predicha por los profetas y honrada con el testimonio de las Sagradas Escrituras. El sepulcro junto al cual había anunciado el ángel el misterio de la resurrección, fué enriquecido con superabundantes adornos.

Copiamos de la *Vida de Constantino*, escrita por Eusebio : « La magnificencia del emperador manifestóse primero en la gallardía de las columnas y de otros ornamentos con que embelleció el monumento de la resurrección del Señor.

» Desde el Sepulcro ibase á una espaciosa plaza enlosada con hermosas baldosas, y con tres galerías en tres de los lados.

» La iglesia, edificada en la parte opuesta al Sepulcro, con la fachada al Este, es una obra admirable por su elevación y grandiosidad, cuyo interior estaba revestido de mármoles de varios colores, y el pavimento de losas tan finas y tan bien unidas, que no cedían al mármol en hermosura. Cubrióse el techo de plomo para que resistiese á las lluvias del invierno, y el interior exornado con festones dorados que esparcían rayos de luz en toda la iglesia.

» A entrambos lados de la misma corrían de un extremo á otro dos galerías, una baja y otra alta, las cuales estaban por dentro festoneadas y doradas como el resto del templo, sostenidas por altas columnas, que en el interior descansaban en zócalos cuadrados, llenos de adornos.

» La fachada tenía tres puertas, en frente de las cuales se ostentaba un hemisferio, parte principal del templo, rodeada de tantas columnas cuantos fueron los apóstoles. Las remataban grandes adornos de plata que el emperador dió en honor de los doce santos para consagrarlos al Señor.

» Al salir de la iglesia se encontraba una anchurosa plaza con dos galerías en sus dos lados, y al extremo su entrada comunicaba con otra plaza mayor, la del Mercado, desde donde se admiraba la belleza del conjunto.

» Construida tan magnífica iglesia para que sirviera de monumento á la gloriosa resurrección del Salvador, embellecióse con dones de oro, plata y pedrería, cuya multitud y hermosura no me sería posible describir.»

Obsérvase en esta relación de Eusebio cuán grande fué el alborozo de los cristianos cuando vieron el Sepulcro del Redentor; tantos años había permanecido en poder de los paganos, que ignoraban en qué estado lo encontrarían.